



www.lideresdeexito.com

Victoria sobre el Pecado

Francisco y Nina Beu

Índice

¿Por qué debemos de estudiar la biblia?	2
Victoria sobre el Pecado	3
El perdón de pecados	4
¿Qué es la conciencia? ¿Cómo hago frente a los sentimientos de culpa?	7
¿Cuál es la diferencia entre tener pecado y cometer pecado?	9
Clase 1: Rompiendo el ciclo del pecado	16
Clase 2: El camino de la victoria	17
Clase 3: La liberación de la ley y el pecado	18
Clase 4: El poder de la cruz	19
Clase 5: El camino de la victoria Parte II	20
Clase 6: La ley del Espíritu	21

¿Por qué debemos de estudiar la biblia?

Porque es una manera de hablar con Dios y escucharlo hablar a Él. En *Timoteo 3:16* dice que toda la Escritura es inspirada por Dios. La Biblia es el manual de vida de los cristianos, nos dice como conducirnos, comportarnos, guiarnos por la vida siempre acompañados por Jesús y sus enseñanzas. Para saber de Dios, leer y comprender la Biblia es una gran manera de hacerlo.

La Biblia es una buena maestra:

- *2 Timoteo 3:16* dice que toda la escritura es útil para enseñar y para instruir justicia.
- *Romanos 15:4* dice que la Palabra fue escrita para nuestra instrucción.

La mejor manera de aprender sobre Dios no es a través de nuestros sentimientos ni de lo que otras personas nos dicen acerca de Dios. El estudio de la Biblia es nuestra mejor maestra. La Biblia es más que un libro, las palabras de la Biblia no cambian, pero su impacto en nosotros nos cambia.

Así como no han cambiado los deseos y la naturaleza del hombre, la Biblia siempre está, ha estado y estará justo donde estemos en cada etapa de nuestra vida y nos da verdad a medida. En *Eclesiastés 1:9* dice porque todo lo que fue escrito en tiempos pasados, para nuestra enseñanza se escribió, a fin de que por medio de la paciencia y del consuelo de las escrituras tengamos esperanza. La Biblia como manual de vida de los cristianos es más que una lista de reglas o historias, es como un filtro que se utiliza para ver la vida con más claridad. Si no sabes o conoces la Palabra, si no hacemos un hábito de estudiar la verdad de Dios y aplicarla en nuestra vida, lo haremos cuando nos encontremos desprotegidos o inseguros. Estudiar la Biblia nos ayuda a evitar errores. La Biblia dice: vigila bien tu vida y tu doctrina (*1 Tim. 4:16*) añadiendo que debemos enseñar lo que está de acuerdo con la sana doctrina (*Tit. 2:1*).

Autor: Alberto Elton

Victoria sobre el Pecado

Las escrituras no son ambiguas en cuanto a la victoria sobre el pecado. Es completamente posible llegar a una vida victoriosa, y es absolutamente innecesario vivir en pecado. Nadie necesita ser un esclavo del pecado.

¿Qué es el pecado?

El pecado es lo que separa a los hombres de Dios, siendo la dádiva del pecado la muerte. Cometo pecado cuando desobedezco la voluntad de Dios, y quebranto sus leyes. (1 Jn. 3:4) Hay muchas expresiones, bíblicas y no bíblicas, que describen el pecado. Por ejemplo, ¿Qué es el pecado original, el pecado en la carne y las obras de la carne? Todos tenemos pecado, sin embargo, nadie tiene que cometer pecado. ¿Cuál es la diferencia?

El pecado original

El pecado entró al mundo cuando Adán y Eva desobedecieron a Dios y comieron del árbol del conocimiento del bien y del mal. Ellos obedecieron a su propia voluntad en lugar de la voluntad de Dios, y por medio de esto recibieron conciencia del bien y del mal (Gn. 2-3). Por causa de este acto de desobediencia su naturaleza humana fue corrompida y recibieron una naturaleza pecaminosa, una carne pecaminosa – el pecado original.

El pecado en la carne

¿Qué es el pecado en la carne? Todos los descendientes de Adán y Eva han heredado el pecado en la carne – pero no la culpa, sino una tendencia o inclinación a seguir su propia voluntad en lugar de la voluntad de Dios. La Biblia utiliza muchas palabras para describir esta inclinación: El pecado en la carne, el cuerpo de pecado, las pasiones y deseos, etc. En Rom. 7:18 Pablo escribe, «Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien» Aquí describe esta inclinación a cometer pecado que todos hemos heredado.

Juan escribe, «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (1 Jn 1:8). El pecado que tengo es el pecado en la carne – pasiones y deseos – que he heredado. De hecho, esto no es mi culpa; es algo con lo cual he nacido, lo cual no implica que sea mi culpa (Rom 7:24-25; 8:1). Puedo sentir esta inclinación cada vez que soy tentado. «Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido.» Sant. 1:14.

¿Cuándo he cometido pecado?

Hay una gran diferencia entre tener pecado – ser seducido por mis pasiones y deseos – y cometer pecado. Santiago sigue escribiendo: «Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte» (*Sant. 1:15*). Aquí vemos que la tentación no se vuelve pecado (cometo pecado) sin antes ser consumado. Esta concepción se lleva a cabo cuando mi mente está de acuerdo con los deseos. El resultado es que cometo pecado, ya sea en pensamientos, palabras o hechos. Este es el pecado por el cual sí tengo culpa y por el cual debo rendir cuentas.

El pecado del cual no soy consciente – Las obras de la carne

Con frecuencia puedo reaccionar, hablar o pensar en contra de la voluntad de Dios sin ser consciente de ello. En *Romanos 7 y 8*, Pablo lo describe claramente y lo llama “las obras de la carne”, y ser esclavo de la ley del pecado en nuestros miembros. Debido a que esto nunca pasó por mi consciencia, no tengo la culpa. Sin embargo, incluso estas obras pueden ser llevadas a través de mi consciencia más tarde, y entonces tienen que ser puestas en orden.

El perdón de pecados

La obra de Jesús

Todos los que llegan a una fe en Jesús y piden perdón por sus pecados porque se han arrepentido, reciben perdón, pero no porque lo merecen sino por gracia. No tenemos ningún requisito que debamos cumplir para recibir el perdón de pecados. Esto lo vemos claramente cuando Jesús le abrió el camino al Paraíso al ladrón en la cruz que se arrepintió de su pecado. «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Este es el gran amor de Dios para con nosotros, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en Él, no se pierda más tenga vida eterna.

«La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús» *Rom. 3:21-24*.

Jesús llevó nuestro pecado y el pecado del mundo entero, tanto sobre su cuerpo como en su cuerpo. Cuando murió en la cruz, el justo por los injustos, anuló el acta de decretos, o la carta de acusación, o de condenación que había por infraccionar la ley. «Porque la paga del pecado es muerte,» (*Rom. 6:23*) y Satanás usó esto, si servía de algo, para acusar a las personas ante Dios. Ahora, no hay nada más que acusar – Jesús aplastó el poder de Satanás al vencer todo el pecado que entró por causa de la caída. La deuda del pecado fue pagada. El diablo nunca pudo engañar o burlar a Jesús para que hiciera su propia voluntad. Por el contrario, a través de la ayuda de Dios, y por el poder y la gracia de lo alto, siempre venció. Esta obra se llevó a cabo en su cuerpo, en su carne, y por lo tanto tuvo poder sobre la muerte. A través de esta obra, también tenemos la posibilidad de recibir perdón por todo el pecado que hemos cometido.

Pablo lo expresa de esta manera: «Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz» *Col. 2:13-14*.

Los que cometían pecado en el antiguo pacto eran culpables de acuerdo a la ley y eran castigados, incluso algunos recibían la pena de muerte. Los sacrificios siempre tenían que ser ofrecidos por el pecado, pero estos sacrificios no quitaban el pecado. (*Heb. 10:1-4*)

Sin embargo, Jesús, el Hijo unigénito de Dios, tomó todo el pecado del mundo sobre sí mismo, podemos decir que tomó la culpa de todos los pecados cometidos a lo largo de la historia. Él no cedió a la tentación como todas las personas delante de Él, sino en el poder del Espíritu Santo que estaba en Él, venció todo el pecado que había entrado por causa de la caída, que fue la fuente de toda caída posterior en el pecado a lo largo de la historia.

¡Por lo tanto, el anuló el «acta de decretos» que había contra nosotros! ¡Esto es algo incomprensiblemente grande! Significa que podemos participar de la vida de Jesús sin haber hecho muchas buenas obras para merecerlo – ¡Somos salvos por gracia! Todos pueden, por lo tanto, recibir perdón a través de la gracia, la cual no es merecida, de todos los pecados cometidos; pero si queremos entrar en la vida del discipulado hay algunas condiciones claras.

Pedro dice: «Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio.» *Hch. 3:19*. Una conversión de todo corazón debe resultar en nosotros que nos alejemos de la vieja vida en la que servimos al pecado y buscamos al mundo con nuestra mente. Debemos comenzar un nuevo camino, en el que buscamos a Dios y las cosas celestiales. No podemos seguir cometiendo pecado en secreto.

Cuando Jesús encontró a Pablo en el camino a Damasco le dijo: «para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados.» Hch. 26:16-18. Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda injusticia. Es importante entender que el perdón de pecados no es el objetivo final de un discípulo, sino el comienzo de una nueva vida, ¡Una vida que podemos vivir sin cometer pecado! Pablo describe este glorioso desarrollo de la siguiente manera: «Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna» *Rom 6:22*. Ser partícipes de la santificación significa que somos partícipes cada vez más de la naturaleza de Dios. Ser partícipes de la santificación significa que somos partícipes cada vez más de la naturaleza de Dios.

«El mar del olvido»

En Isaías leemos lo que Dios dice acerca del futuro: «No os acordéis de las cosas pasadas, ni traigáis a memoria las cosas antiguas. He aquí que yo hago cosa nueva; pronto saldrá a luz; ¿no la conoceréis? Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad. Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados.» *Is. 43:19-25*.

Cuando hemos pedido perdón a Dios por el pecado que hemos cometido, y firmemente nos decidimos a no hacerlo más, Dios borra la transgresión, y no la vuelve a recordar. «El volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados» *Miq. 7:19*. Dios arroja todo el pecado que hemos cometido y por el cual pedimos perdón a este «mar». Si hemos pecado contra otras personas y las hemos dañado, debemos dejar esto en orden, si es posible. Sin embargo, también debemos arrojar los pecados que otros han cometido en nuestra contra al mismo mar. Al igual que Dios, debemos ser capaces de perdonar a nuestros semejantes por sus pecados e injusticias en nuestra contra.

Debemos perdonar

Jesús enseñó a sus discípulos a orar, y esta es una parte de la llamada «Oración del Señor»: «Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores» *Mt. 6:12*. Hay una clara condición para recibir el perdón de pecados, que también nosotros perdonemos el pecado y la injusticia que creemos otras personas nos han hecho. Vemos que esto Jesús lo enfatiza en la Oración del Señor, la cual enseñó a sus discípulos.

En *Mt. 18:25-35* vemos cómo Jesús ve el asunto del perdón. Si Dios nos perdona, estamos obligados a perdonar a nuestro hermano. Sin un espíritu perdonador, dejamos de servir a Dios, y Satanás gana poder. Si somos incapaces de perdonar, y comenzamos a odiar a nuestro hermano, permanecemos en la muerte y no tenemos futuro. Juan dice que hemos pasado de muerte a vida si amamos a nuestro hermano. (*1 Jn. 3:14*) ¡Aquí es donde se encuentra nuestro futuro!

¿Qué es la conciencia? ¿Cómo hago frente a los sentimientos de culpa?

Todos tenemos un sentido innato de lo que está bien y lo que está mal, una «voz interior» que evalúa todos nuestros pensamientos, palabras y hechos. Esta «voz interna» es llamada conciencia, y nos dice qué es moralmente correcto e incorrecto. Sin embargo, mi conciencia no es algo constante, que nunca cambia. Se forma y desarrolla según mi entorno, experiencias y entendimiento. A partir de esto, la conciencia es diferente en cada ser humano, y no puede ser utilizada para tener la «última palabra».

Una conciencia pura

Sin embargo, tener una conciencia pura es el requisito mínimo para tener paz con Dios. Nunca debo, bajo ninguna circunstancia, actuar en contra de mi conciencia, porque esto es lo mismo que cometer pecado deliberadamente. Una conciencia pura significa que vivo en perfecta concordancia con la luz (el entendimiento) que tengo. Si he cometido pecado conscientemente, debo pedirle a Dios, y si es necesario, a las personas perdón. Mis asuntos deben ser puestos en orden antes de cualquier intención de progreso en mi vida espiritual.

Una conciencia hipersensible

Es común que la gente continúe sintiéndose culpable incluso después de haber recibido perdón de pecados. Satanás, el acusador, puede continuar acusándome por el pasado, o porque he sido tentado. Entonces, debo resistirlo, firme en la fe, y referirle a Jesús que Él ha borrado mi culpa. Por lo tanto, debo alejarme del pecado para poder ser libre del sentimiento de culpa.

También puedo sentirme culpable producto de una conciencia hipersensible y débil que me acusa de todo tipo de cosas que no conciernen en nada con mi servicio a Dios. Puedo estar muy ocupado con cosas externas que considero correctas o incorrectas, sin encontrar la voluntad de Dios. Esto también puede conducirme a juzgar a otros o interferirles en sus asuntos, cuando pueden estar actuando con una conciencia perfectamente pura de acuerdo con la comprensión que tienen.

También, puedo sentirme culpable por la opinión de otros sobre cosas que he dicho o hecho. Satanás, el acusador, intenta usar cada oportunidad para hacerme sentir desesperado o para que comience a acusar a los demás. Si mi anhelo es servir a Dios, Él puede ayudarme en esta área, entonces mi conciencia es guiada en la dirección correcta. La Palabra de Dios tiene directrices claras acerca de la voluntad de Dios, y puedo orar por el Espíritu Santo, “El Ayudador”, para que me guíe y me dé un mejor entendimiento.

Una conciencia dañada

Si me endurezco en una o más áreas en mi vida, y actúo deliberadamente contra mi conciencia una y otra vez, puedo terminar entonces con una conciencia dañada. Al continuar con la desobediencia, la conciencia es “apagada” en estas áreas, y el resultado es que sigo haciendo cosas que sé son incorrectas, sin volver a sentir este sentimiento de culpa en mi conciencia nunca más. Por supuesto, esta es una condición extremadamente peligrosa – la paga del pecado no ha cambiado, aunque no siga reconociendo la culpa. Sin embargo, si de todo corazón me arrepiento y comienzo a servir y hacer la voluntad de Dios, el Espíritu Santo puede mostrarme estas áreas también. Debo entonces tomar una lucha contra el pecado y poner mis asuntos en orden. Está escrito que debo cosechar lo que he sembrado, y esta “cosecha” puede ser dolorosa y difícil de soportar, pero a través de la obediencia y perseverancia puedo ser sanado.

Mi salvación y una conciencia en desarrollo

Pablo escribe que, aunque de nada tenía mala conciencia, no por eso estaba justificado. (1 Cor. 4:4) Él tenía una conciencia pura, sin embargo, sabía que había áreas en su vida que no eran perfectas a la luz de Dios. Pablo sabía que necesitaba más que una conciencia pura para ser completamente salvo. Si quiero hacer la voluntad de Dios, entonces el Espíritu Santo tiene que iluminarme sobre aquellas áreas en mi vida donde mi conciencia no es lo suficientemente sensible para reaccionar. El Espíritu me muestra el pecado que habita en mi carne (mi naturaleza humana), y esta es un área mucho más amplia que sólo el pecado que es visible. Si soy obediente y me dejo guiar por el Espíritu, entonces mi conciencia se desarrollará y eventualmente abarcará un área mayor.

¿Cuál es la diferencia entre tener pecado y cometer pecado?

La caída

El pecado vino al mundo a través de Adán y Eva, quienes fueron desobedientes a Dios. Por su acto de desobediencia (la caída), Adán y Eva fueron contaminados y su carne – su naturaleza humana – se volvió pecaminosa. (Gn. 3:1-6; Rom. 5:12) Los deseos habitaron en esa carne, que se despertó y comenzó a oponerse a la voluntad de Dios. Estos deseos son llamados «el pecado en la carne,» o nuestra propia voluntad.

Tener pecado – Ser tentado

Todos los seres humanos han heredado el pecado en la carne, y es por eso que podemos decir que todos tienen pecado (1 Jn. 1:8). Esto lo experimentamos cuando somos tentados. «Sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte.» Sant. 1:14-15. Ser tentado no es lo mismo que pecar, pero si conscientemente cedemos a nuestros deseos, el pecado es “concebido”. Esto sucede cuando nuestros pensamientos están de acuerdo con el pecado que mora en nuestra carne.

Cometer pecado; caer en pecado

Hay una gran diferencia entre tener pecado y cometer pecado. Quienes cometen pecado son aquellos que quieren pecar – no quieren dejar de pecar. «El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio» *1 Jn. 3:8*. «y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte» *Sant. 1:15*. Esto está referido a una muerte espiritual, a una separación de Dios. Dios no puede tener comunión con una persona que no quiere renunciar al pecado. Esta es una vida sin esperanza y sin Dios.

Cuando hemos dado nuestras vidas a Jesús, andamos por el camino que Él anduvo. Nos hemos comprometido a hacer la voluntad de Dios y a dejar de vivir en el pecado. Hemos tomado una lucha contra el pecado y hemos comenzado a caminar en el camino de la vida. Aun así, puede suceder que mientras andamos en el camino terminemos cayendo en pecado. Sin embargo, este no era mi pensamiento – mi pensamiento era servir a Dios y seguir a Cristo. Entonces no debo permanecer en el pecado, sino entristecerme por ello, arrepentirme y pedir perdón y levantarme de inmediato. Porque nuestro sentir es hacer lo bueno, y estas caídas nos hacen atentos y despiertos, de modo que no vuelva a suceder.

¡No pequéis!

«Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis» (*1 Jn. 2:1*) ¡Esto tiene que ser posible, puesto que está escrito! Jesús vivió una vida como ser humano, bajo las mismas condiciones que nosotros, pero jamás pecó, porque jamás cedió antes los deseos que moraban en su carne. ¡En cambio, Dios pudo condenar el pecado en la carne! (*Heb 4:15; Rom. 8:3*). Por esto la muerte no pudo retenerlo, y a través de este sacrificio abrió un camino de regreso a Dios, donde como discípulos podemos seguirle. ¡Qué evangelio más poderoso y esperanzador hemos recibido!

¿Cuál es la diferencia entre tentación y pecado?

En mi vida cristiana, puedo sentirme impuro cuando soy tentado, y que he pecado en mis pensamientos. De hecho, esto no es cierto. La tentación no es pecado, pero una prueba de a mi fe, ¡y por medio del evangelio puedo soportar la tentación sin cometer ningún pecado!

Mi tendencia a pecar – El pecado en la carne

El pecado entró al mundo por causa de una desobediencia cometida por los primeros hombres, Adán y Eva. Toda la descendencia de Adán y Eva había heredado el pecado en la carne – no la culpa, pero una tendencia o deseo de hacer la propia voluntad y no la voluntad de Dios. La Biblia utiliza muchas palabras para describir esta tendencia: el pecado en la carne, el cuerpo de pecado, la ley del pecado, los deseos y pasiones, etc. En *Romanos 7:18* Pablo escribe, «Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien.» Aquí describe esta tendencia a pecar que todos hemos heredado.

Tentación vs. Pecado

Santiago escribe claramente sobre el tema tentación y pecado: «Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte» *Sant. 1:13-15*.

A partir de esto podemos deducir que la tentación en sí, no es lo mismo que cometer pecado; el pecado es el resultado de una concepción – cuando mi mente está de acuerdo con la concupiscencia (o deseos) que viven en mi carne o naturaleza humana. Esto quiere decir que cometer pecado es algo que elijo hacer, y el pecado no puede ser consumado sin mi consentimiento.

¡Nadie tiene la necesidad de pecar!

De hecho, Santiago nos enseña que la tentación es una prueba de mi fe, y que quienes soporten la tentación sin pecar, recibirán la corona de vida (*Sant. 1:12*). De la misma manera, Pedro escribe que nuestras pruebas (tentaciones) son motivo de gozo, pues nuestra fe es probada, y tiene la salvación de nuestra alma como resultado. El anuncio del evangelio es que aunque sea tentado no necesito pecar – de hecho puedo seguir tras las pisadas de Jesús y vencer en la tentación. La paga del pecado es la muerte, ¡pero lo que tengan victoria recibirán la corona de vida!

¿Cómo recibo victoria sobre el pecado?

La Biblia dice claramente que nosotros como cristianos debemos vivir una vida victoriosa en nuestra lucha contra el pecado. Y esta victoria no será «a duras penas»; seremos «más que vencedores», (*Rom. 8:37*) ¡y Dios siempre nos llevará en triunfo! (*2 Cor. 2:14*). Sin embargo, aunque deseo vivir una vida agradable a Dios, puede ser bastante aterrador enfrentarse a las reacciones que vienen de mi naturaleza en los acontecimientos y las situaciones diarias. Pienso, digo y hago cosas que no son según la voluntad de Dios.

Pablo lo describe muy bien en *Romanos 7:18-19* «Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago» Puede parecer que este pecado que mora en mi carne simplemente es demasiado fuerte para resistirlo. Entonces, ¿Cómo puedo vencerlo?

«Así como yo he vencido»

Jesús dice algo increíble en *Apocalipsis 3:21* «Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.» Estas palabras son tan grandes, ¡que casi son difíciles de entender! Todos los cristianos creen que a través del sacrificio de Jesús podemos recibir perdón y ser reconciliados con Dios. ¡Pero aquí Jesús dice que yo también puedo vencer como él venció! Esto significa que hay algo más que solamente el perdón de pecados. Así que para saber cómo puedo vencer el pecado, tengo que mirar a Jesús, mi precursor y mayor ejemplo, y ver cómo lo hizo.

«No se haga mi voluntad, sino la tuya»

«Sacrificio y ofrenda no quisiste; más me preparaste cuerpo. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad.» (*Heb. 10:5-7*) Del mismo modo, cuando estuvo frente a enormes pruebas al final de su vida, dijo: «¡No se haga mi voluntad, sino la tuya!» *Lc. 22:42*.

«Mi voluntad»

Es otra palabra para el pecado en la carne que todos hemos heredado. Abarca una gran variedad de áreas, incluyendo el orgullo, la impaciencia, el egoísmo, la injusticia, la irritación, la pereza, la vanidad, la queja, la impureza sexual, la incredulidad, el desánimo, la envidia, la codicia, la ingratitud, etc.

Como un hombre Jesús también tuvo esta propia voluntad, y fue tentado, pero su firme determinación desde el principio fue: «¡No se haga mi voluntad, sino la tuya!» Para poder vencer como Él venció, debo tomar la misma determinación y fielmente aferrarme a ella, independiente de lo que suceda o lo que sienta.

Humillarme a mí mismo

«Haya, pues, en vosotros este sentir estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» *Flp. 2:5-8*. Jesús estaba en el cielo con Dios, pero voluntariamente se volvió un hombre por amor a nosotros. Podríamos pensar que este sería el último acto de humildad. Pero está escrito que estando en la condición de hombre se humilló a sí mismo, y fue obediente. Esto fue porque como hombre tuvo una voluntad propia que no estaba de acuerdo con el Padre. En las situaciones cotidianas cuando fue tentado a la impaciencia, la irritación, la envidia, el desánimo, etc. el Padre le mostró que su reacción nunca era por causa de los demás o por las situaciones, sino que siempre por causa de la tendencia al pecado en la propia carne de Jesús. Para vencer, Jesús tuvo que humillarse a sí mismo. Tuvo que tomar una lucha contra el pecado, y llevar a cabo su promesa: «¡No se haga mi voluntad, sino la tuya!» La humildad fue el pensamiento de Jesús, y también debe ser mi pensamiento como su discípulo.

Orad con gran clamor y lágrimas

«Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia» *Heb. 5:7-8*.

Jesús fue realmente un hombre como nosotros. Dios no le dio ningún privilegio especial o le hizo el camino más fácil, porque de lo contrario toda la obra de salvación habría sido corrompida y sin ningún valor. Jesús luchó una batalla desesperada contra el pecado en su carne, y necesitó ayuda.

Su «gran clamor y lágrimas» fue oído porque fue verdadero, resultado de solamente querer servir a Dios. Dios le enseñó la obediencia, y le dio la fuerza y la determinación que necesitaba para humillarse a sí mismo, en cada situación. ¿Qué tan desesperado estoy de obtener victoria? ¿Qué tan fuerte es mi clamor a Dios? ¿Qué tan dispuesto estoy a obedecer? ¿Quiero ser salvado de la muerte? Para vencer como Él venció debo seguir a Jesús en todo, también en cómo oró a Dios por ayuda. En mis situaciones los deseos de mi carne y las presiones externas pueden surgir como una enorme montaña. La lucha puede parecer abrumadora. ¡Pero no estoy solo!

Gracia para el oportuno socorro

Jesús sabe lo que es ser un hombre. «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» Heb. 4:15. Antes de dejar la tierra, Jesús les prometió a sus discípulos que enviaría el Espíritu Santo, el consolador, que los guiaría a la verdad. (Jn. 14:16-17, 26; Jn. 15:26). «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» Heb. 4:16.

El «oportuno socorro» es cuando soy tentado, cuando veo y siento el pecado en mi carne, cuando estoy en una lucha para mantenerme puro y no pecar. Si oro en busca de ayuda como Jesús lo hizo, con humildad y gran clamor y lágrimas, desesperado por obtener victoria y ser salvado de la muerte, entonces recibiré ayuda.

El Espíritu Santo vendrá y me mostrará el camino a seguir. Y el camino es siempre: «¡Padecer en la carne, como Jesús lo hizo!» Si soy humilde y estoy dispuesto a obedecer, Él me dará la fuerza y firmeza que necesito para resistir en mi lucha. Me dará la luz y el entendimiento para ver cuán despreciable es el pecado, y cuán grande es mi llamado celestial. Me dará la Palabra de Dios como ayuda, como una guía y un arma.

Utiliza la palabra como un arma

La Palabra de Dios es una espada. (*Ef. 6:17; Heb. 4:12*) Es la verdad absoluta, y una poderosa arma contra Satanás y el engaño del pecado. Cuando Jesús fue tentado por el diablo, siempre respondió, «¡Está escrito!» (*Mt. 4:1-11*) Pero Jesús no sólo citaba la Palabra; tenía autoridad cuando usaba la palabra de Dios, porque también vivía de acuerdo a ella. En *Juan 1:14* leemos las asombrosas palabras que «Aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros» Podemos describir a Jesús como la Palabra personificada. Toda su vida fue cumplir la Palabra de Dios, y por lo tanto la voluntad de Dios. Cuando leo la Biblia, yo mismo me lleno con la sabiduría de Dios. Es el arma que me ha dado; la palabra a utilizar contra el engaño de Satanás así como Jesús lo hizo, la palabra que me muestra lo que debo hacer, la palabra de consuelo. Debo hacer exactamente lo que leo. Entonces empuño la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios. Revelo por completo la mentira y el engaño de Satanás, y tengo victoria sobre todas las tendencias pecaminosas en mi carne. Vivir de acuerdo a estas palabras me hace invencible.

Padece en la carne, termina con el pecado

«Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios» *1 Pe. 4:1-2*. Este padecimiento no fue el que padeció físicamente en la cruz en Gólgota. Fue el padecimiento en la cruz que llevó diariamente, cuando dijo «No» a su propia voluntad, el pecado en su carne, a pesar de ser bombardeado incesantemente con sus exigencias y atracciones engañosas. El pecado en su naturaleza ya había recibido su juicio de muerte cuando dijo: «Que se haga tu voluntad, Dios», y este juicio se llevó a cabo cuando los deseos se manifestaron en el momento de la tentación. Como un discípulo que sigue a Jesús, debo odiar mi propia vida, negarme a mí mismo y tomar mi cruz. (*Lc. 9:23; 4:26*) Tiene un precio. Me cuesta mi voluntad. Me cuesta mi vida. Debo orar y llorar, y mis deseos deben sentir el dolor que viene por negarlos. En la «cruz de cada día» el pecado sufre y es llevado a la muerte. Entonces termino con el pecado. Este es el camino que anduvo el Maestro. ¡Si le sigo, terminaré allí donde Él está! «Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono» *Ap. 3:21*.

Clase 1: Rompiendo el ciclo del pecado

- El ciclo del pecado:
 - 🔄 Tentación → Confiar en la carne → Caer en pecado → Tentación nuevamente
- La justificación es diferente de la santidad:
 - 👉 Ser santo es estar separado de todo lo que es común
 - 👉 La santidad es tener a uno que es santo dentro de uno mismo
 - 👉 Cuando algo le pertenece a Dios, también se vuelve santo
 - 👉 El nuevo nacimiento nos hace santos

Revelaciones

¿Qué estoy aprendiendo?

¿Qué voy a aplicar?

Mis compromisos

⚠ Versículos para recordar: Ex.3: 3-5; 30:37, Lv. 20:26, Nm.16:5, Prov.16:18, Mt.5:28, Lc.1:35, Jn.5:45; 8:10-11; 19:11, Rom.2:4;6:14, 1Cor. 5:56; 6:18, 2Cor. 3:9, Col.3:25, 1Tes.4:4-6, 2Tim.2:22

Clase 2: El camino de la victoria

- Fuimos bautizados en Cristo
 - ☞ Cuando entramos en las aguas del bautismo, morimos por el pecado, por el mundo y por el diablo.
- El camino de la victoria:
 - ☞ Saber por revelación
 - ☞ Considérate muerto
 - ☞ Ofrécete a Dios
 - ☞ Caminar en el espíritu

Revelaciones

¿Qué estoy aprendiendo?

¿Qué voy a aplicar?

Mis compromisos

▲ Versículos para recordar: Mc. 11:24, 2Cor. 5:17, Rom. 5; 6, 8:1-2; Gal. 2:19-20, Col. 2:6, Heb.2:14

Clase 3: La liberación de la ley y el pecado

Ser liberado del pecado es ser liberado de la condenación del pecado.

- Morí por el pecado
- Libre del poder del pecado
- Huir del pecado
- Libre de la ley

Revelaciones

¿Qué estoy aprendiendo?

¿Qué voy a aplicar?

Mis compromisos

⚠ Versículos para recordar: Nm.5:1-2, Mt.6:13;8:2; 9:20;26:41, Rom.6:10-14, 1Cor.15:56, Gal.5:18

Clase 4: El poder de la cruz

La cruz es el centro del cristianismo.

- El trabajo de la cruz
- El poder de la cruz
- El reino de la justicia y la vida

Revelaciones

¿Qué estoy aprendiendo?

¿Qué voy a aplicar?

Mis compromisos

⚠ Versículos para recordar: Rom. 5:10; 5:17-19; 6:6, 1Cor. 15:3, 15:22; 15:45-48, 2Cor. 5:14, Heb. 7:7-10

Clase 5: El camino de la victoria Parte II

Solo tenemos un método: estar en el Espíritu.

- El conflicto entre la carne y el espíritu
 - ↳ La carne y el Espíritu son dos principios de vida opuestos que luchan entre sí.
- El camino de la victoria
 - ↳ La misma cruz que nos garantizó el perdón también nos otorgó la liberación.

Revelaciones

¿Qué estoy aprendiendo?

¿Qué voy a aplicar?

Mis compromisos

⚠ Versículos para recordar: Mt.5:8, Rom.14:17, 1Cor.6:17, Gal.2:19-20; 5:16-17; 5:19-25, Ef.4:12; 5:9; 6:18, Flp.2:1-3, Col.4:2, 2Pe. 1:6

Clase 6: La ley del Espíritu

El Espíritu es el camino y el que nos guía en el camino.

- La ley del espíritu
 - ↳ Si dejo de caminar en el espíritu inmediatamente entro en la esfera de la ley del pecado.
- La operación práctica de la ley del Espíritu
 - ↳ El secreto es que la victoria sucederá espontáneamente.

Revelaciones

¿Qué estoy aprendiendo?

¿Qué voy a aplicar?

Mis compromisos

⚠ Versículos para recordar: Jn. 15, Rom.8:2, Gal. 5:16; 5:18; 5:25



Victoria sobre el Pecado

Francisco y Nina Beu